

## ¿Debes ser TÚ el Abogado del Diablo?

Monroe Freedman

(“Legal Times”, semana del 23 de agosto de 1993<sup>i</sup>)

Un abogado del estudio jurídico neoyorquino "Sullivan & Cromwell" recientemente rechazó una designación judicial para representar a Mahmoud Abou-Halima, quien está acusado de estar envuelto en el atentado con autobomba en el World Trade Center. Un socio de Sullivan & Cromwell explicó a The World Street Journal que la firma no quiso dedicar sus recursos al caso, porque el atentado fue "un crimen tan horrendo" y porque el acusado es "tan personalmente objetable". El socio añadió que Abou-Halima es "antisemítico en la manera más peligrosa". Y la firma estaba también preocupada por la adversa reacción de algunos de sus actuales clientes.

Michael Tigar, un profesor de la Escuela de Derecho de Texas,

recientemente sostuvo en una Corte Federal de Apelación que debiera permitirse a John Demjanjuk retornar a los EE.UU. cuando abandonara Israel. La Corte Suprema de Israel revocó la condena de Demjanjuk por participar en el asesinato en masa de judíos en las cámaras de gas de Treblinka. La Corte fue convencida por fuerte evidencia de que Demjanjuk tenía una coartada: dado que él había estado envuelto en el asesinato en masa de judíos en otro campo de concentración nazi, Demjanjuk no podía haber sido al mismo tiempo un guardia en Treblinka.

¿Fue correcto que Sullivan & Cromwell rehusara defender a Abou-Halima? ¿Fue correcto que Tigar representara a Demjanjuk? ¿Y que dicen las reglas de ética acerca de esto?

Antes de responder estas preguntas, debemos recordar las obligaciones éticas que un abogado asume cuando acepta representar a un cliente. Bajo la visión tradicional, un abogado está obligado a representar a su cliente celosamente, usando todos los medios razonables para lograr los objetivos legales del cliente. Algunos académicos desearían alejarse de la ética del celo y sustituirla por un enfoque más "comunitario", mientras otros profesionales favorecen un rol más paternalista para el abogado. En suma, estos críticos reemplazarían la democrática igualdad bajo la ley con la elitista discreción de los abogados. Pero la visión tradicional, que reconoce al cliente como una persona libre en una sociedad libre, es todavía el ideal

dominante entre los abogados norteamericanos, como lo ha sido por más de un siglo.

Eso no significa que los abogados deben prestar poca atención a los problemas morales que surgen en la representación de los clientes. Por el contrario, si un abogado cree que lo que el cliente propone es inmoral o simplemente imprudente, el cliente tiene derecho al juicio y consejo del abogado. Pero, "[e]n el análisis final... el abogado debiera siempre recordar que la decisión acerca de renunciar a objetivos o métodos legalmente disponibles a causa de factores no legales es últimamente una decisión del cliente y no del abogado". American Bar Association, Código Modelo de Responsabilidad Profesional, S 7-8.

Así, la decisión del abogado de representar a un cliente puede comprometer a ese abogado a representar celosamente los intereses de alguien a quien el mismo abogado u otros en la comunidad consideran moralmente repugnante. Por esa razón, la cuestión es si representar a un cliente

en particular puede enfrentar al abogado con una importante decisión moral, una decisión por la cual el abogado puede propiamente ser considerado moralmente responsable, en el sentido de encontrarse bajo una carga de justificación pública.

*Libertad para elegir.*

Esto no sería así si cada abogado estuviera éticamente obligado a representar a cualquier cliente interesado en los servicios del abogado. Si no hubiera alternativa, no habría responsabilidad. Sin embargo, tanto en conformidad a las reglas como a la práctica, los abogados han sido siempre libres para elegir representar o no representar a un cliente en particular. La consideración ética 2-27 del Código Modelo de la ABA anima a los abogados a no rehusarse a la representación porque el cliente o la causa es impopular, pero la consideración ética 2-26 dice claramente que un abogado "no tiene obligación" de tomar como cliente a todas las personas que quieran llegar a serlo. Y el comentario a la regla 6.2 de

las Regla Modelo de Conducta Profesional de la ABA dice en forma similar que un abogado ordinariamente "no está obligado a aceptar a un cliente cuyo carácter o causa el abogado considera repugnante".

Así, Sullivan & Cromwell no violó ninguna regla ética al declinar defender a Mahmoud Abou-Halima. Incluso, considerando los hechos tal como fueron reportados, la firma habría actuado contra la ética si hubiera tomado el caso. Bajo al regla disciplinaria 5-101 del Código Modelo de la ABA, el cual es norma vigente en Nueva York, un abogado tiene un conflicto de intereses si el ejercicio de su juicio profesional en representación de su cliente "puede razonablemente ser afectado" por su propio interés personal o económico.

Y esa es precisamente la posición de los abogados de Sullivan & Cromwell que encuentran al potencial cliente tan personalmente objetable que no piensan que la compañía debiera poner sus recursos en el caso, que encuentran que el crimen es tan

horrendo que no quieren verse asociados en su defensa, y que están preocupados acerca de cómo otros clientes y potenciales clientes mirarán esa representación. Ciertamente podría esperarse que esas poderosas preocupaciones razonablemente afectaran el celo con el cual esos abogados deben representar a ese cliente.

¿Y que se puede decir acerca de la representación de Michael Tigar sobre John Demjanjuk?

Yo dije anteriormente que la decisión de un abogado de representar a un cliente es una decisión por la cual el abogado es moralmente responsable. Pero debo confesar que ésta no ha sido siempre mi posición. En un tiempo yo sostuve que era erróneo criticar a un abogado por elegir representar a un cliente o causa en particular. Si los abogados fueran infamados por el hecho de aceptar clientes o causas impopulares, decía yo en ese entonces, esos individuos que se encuentran más necesitados de representación

encontrarían imposible obtener a un consejero legal.

Pero yo estaba equivocado. Los abogados siempre han sido infamados por el hecho de tomar causas impopulares, incluso por otros abogados y jueces, y sin embargo siempre se han encontrado abogados dispuestos a representar los más horrendos casos y clientes. Los abogados han representado "al más malvado hombre de Nueva York" (a quién yo representé), e incluso a nazis, por abogar por su derecho a marchar en Skokie, Illinois.

#### *Debate persuasivo.*

Lo que finalmente me hizo cambiar de opinión en el problema de la responsabilidad moral de los abogados fue un debate en el que participé aproximadamente 25 años atrás. El debate fue organizado por la Oficina Legal de Washington D.C. Wilmer Cutler & Pickering a solicitud de un grupo de estudiantes de derecho liderados por Ralph Nader. Los estudiantes estaban protestando por la representación que la firma hacía de la

empresa General Motors en un caso de contaminación del aire. Yo adopté la posición de que los manifestantes estaban equivocados al criticar a la firma por su decisión de representar a un cliente.

Mi oponente sostuvo que era completamente adecuado que los manifestantes desafiaran la decisión de los abogados de la firma preguntándose a sí mismos: ¿Es ésta realmente la clase de cliente a la cual yo quiero dedicar mi entrenamiento, mi conocimiento, y mis capacidades como abogado? ¿Fui yo a la Escuela de Derecho para ayudar a clientes que dañan a otros seres humanos contaminando la atmósfera con gases venenosos?

Aunque yo no me di cuenta de ello por algún tiempo, mi oponente ganó el debate en la manera más decisiva: convirtiéndome en un partidario de su decisión. La cuestión no era si General Motors debía ser representada. Por supuesto que debía, y habrá siempre alguien que lo hará. La real cuestión para cada uno de nosotros

es: ¿debiera YO ser el que represente a este cliente, y si es así, por qué?

Y por eso yo ahora le pregunto a mi victorioso oponente en aquél antiguo debate: Mike Tigar, ¿es John Demjanjuk la clase de cliente a quién tú quieres dedicar tu entrenamiento, tu conocimiento, y tu extraordinaria capacidad como un abogado? ¿Fuiste tú a la Escuela de Derecho para ayudar a clientes que han cometido asesinatos en masa de otros seres humanos con gases venenosos? Por supuesto, alguien debía representarlo, y sin duda alguien lo hará. ¿Pero, por qué tú, viejo amigo?

## Estableciendo los verdaderos hechos de la defensa de John Demjanjuk.

Michael E. Tigar

("Legal Times", semana del 6 de septiembre de 1993)

Todo lo que Monroe Freedman ha afirmado acerca de mí en esta revista es erróneo, exceptuando dos cosas: nosotros somos -o fuimos- viejos amigos. Y yo efectivamente represento a John Demjanjuk.

Hasta hoy, yo pensaba que un diario legal responsable no publicaría ataques personales contra abogados sin hacer previamente algún esfuerzo por verificar los hechos. El comentario del Profesor Freedman me acusa de violar principios de ética profesional y de ir en contra de mis propios principios al sostener que John Demjanjuk debía ser autorizado a regresar a su país y que las decisiones de la Corte Federal que lo afectaban debían ser dejadas sin efecto (¿"Debes tú ser el abogado del diablo"?

23 de agosto de 1993, página 19). El comentario es falso y difamatorio, tanto hacia mí como hacia el Sr. Demjanjuk. Una simple llamada telefónica de Legal Times habría bastado para establecer que sus hechos e imputaciones son falsas.

El Profesor Freedman está equivocado acerca de la decisión de la Corte Suprema de Israel y acerca de la decisión judicial norteamericana que permitieron que Demjanjuk permaneciera en una celda por años, por un crimen que él no cometió.

John Demjanjuk fue extraditado a Israel para enfrentar un juicio como "Iván El Terrible" de Treblinka, uno de los peores asesinos en masa del

Holocausto. Resultó sin embargo que crucial evidencia exculpatoria -que alguien llamado Iván Marchenko, no Demjanjuk, era Iván El Terrible- fue ocultada a la defensa. Esa evidencia no era una "coartada". Tenía que ver con una identificación trágicamente errónea y con el incumplimiento por parte del gobierno norteamericano de su obligación de honestidad hacia su adversario y hacia las Cortes.

Freedman está equivocado acerca de que la Corte Suprema israelí haya alguna vez descartado que Demjanjuk fuera Iván. Esa Corte no sostuvo, como Freedman afirma, que Demjanjuk fuera culpable de otros crímenes. La Corte israelí sí consideró si Demjanjuk debía ser condenado por

haber servido en otros campos de concentración nazi, pero decidió que Demjanjuk nunca había tenido una oportunidad justa para rebatir la evidencia de que había servido en otros campos.

En 1971 un Juez de Distrito de los EE.UU. consideró que Demjanjuk debía ser desnaturalizado. El juez consideró que Demjanjuk era Iván El Terrible, una decisión que es ahora universalmente considerada como errónea. Hay poderosa evidencia de que los abogados del gobierno suprimieron evidencia que habría demostrado que esa decisión había sido tomada erróneamente.

El juez norteamericano también consideró el problema de si Demjanjuk sirvió en otros campos. El juez encontró que, dado que Demjanjuk era Iván y negaba haber sido Iván, él no debía ser creído cuando negaba otras conductas culpables en otros campos. Así, la decisión del juez, ahora sostenida por el gobierno como soporte de una revisión judicial del derecho de Demjanjuk para entrar en los Estados Unidos, fue

tomada al amparo de estas alegaciones ahora desacreditadas.

Esos son los hechos. Yo represento al señor Demjanjuk *pro bono*, junto con el defensor público federal, en un procedimiento judicial norteamericano. El procedimiento logrará, espero, revocar los anteriores juicios contra Demjanjuk y dejar al gobierno libre -si este lo desea- para traer y tratar en justicia sus alegaciones de que John Demjanjuk sirvió en los campos de la muerte. Si, como el profesor Freedman dice, hay evidencia de tal servicio, lo cual el señor Demjanjuk ha negado, mi cliente tiene derecho a un juicio justo donde tal evidencia pueda ser cuestionada.

Yo estoy consciente de las limitaciones en mis derechos, como consejero, para usar los medios de comunicación para ventilar mis puntos de vista. Por lo tanto, aquí hay algo de lo que el expediente estrictamente muestra:

John Demjanjuk ha vivido por más de dieciséis años bajo alegaciones

del gobierno de que él fue Iván el Terrible. Desde al menos 1978, el gobierno ha tenido sólida evidencia de que estos cargos eran falsos. En 1980, un abogado de gobierno trabajando en el caso escribió un memo diciendo que éste no debía ser llevado a la Corte. El gobierno se negó a exhibir materiales exculpatorios. Sus abogados violaron sus obligaciones hacia el adversario y hacia el sistema judicial. Como resultado, Demjanjuk fue sentenciado a muerte por un crimen que no había cometido. El tres de septiembre, se alegó ante la Corte de Apelaciones para el Sexto Circuito, si los abogados de gobierno habían cometido una falta fraudulenta. Los documentos y las grabaciones están ahí para cualquiera que las quiera leer. Mis argumentos sobre tal punto se están haciendo en la Corte, no en los medios de comunicación.

Tal como he dicho, la Corte Suprema de Israel esta considerando sus próximos pasos. Bajo el derecho internacional su deber de liberar al señor Demjanjuk es claro.

Nosotros debemos recordar el Holocausto, y debemos perseguir y sancionar a sus responsables. Pero nosotros deshonramos esa memoria y traicionamos el objetivo si fallamos en proporcionar a aquellos acusados de los crímenes del holocausto la misma medida de legalidad y debido proceso que nosotros daríamos a cualquier acusado de un delito. Precisamente porque un cargo de participación culpable en el holocausto es tan dañino, el método para juzgar si tal cargo es verdad debe estar libre de cualquier reproche.

Suficiente con las dificultades fácticas en las que se encuentra el Profesor Freedman. Atendamos su análisis de los aspectos éticos.

El Profesor Freedman comienza alabando a una gran firma de abogados por rechazar una designación judicial para representar a un acusado impopular carente de recursos. A la firma no le gusta el cliente, no le gusta el hecho de que esté acusado de un “crimen tan horrendo”, y está asustada de las objeciones de sus clientes. OK, dice

Freedman, esas son buenas razones para que la firma lo rechace.

Corramos todos a la biblioteca, y reescribamos *Matar un ruiseñor*. Atticus Finch no es un héroe después de todo. Él debería haber pensado más en mantener su práctica profesional y rechazar la representación de alguien acusado de un horrendo –y posiblemente racialmente motivado– crimen. Clarence Darrow debería haberse quedado con la empresa de ferrocarriles, en vez de tomar a esos sindicalistas rojos como clientes. Los abogados que perdieron sus licencias por atreverse a representar al editor de diarios colonialista John Peter Zenger por el horrible crimen de difamación sediciosa eran unos tontos. Y John Hancock, ese conocido evasor de impuestos, no tenía derecho alguno para que John Adams fuera su abogado.

A lo mejor Sullivan & Cromwell tiene el derecho a rechazar una designación judicial, y quizás debería tener ese derecho. He representado a mucha gente impopular en mis 25 años de haber sido admitido en la barra y

siempre he asumido la tarea de señalar a mis clientes remunerados que solamente deben entender la responsabilidad de un abogado en esos asuntos, o que deberían llevar sus negocios a otra parte.

Luego de elogiar a Sullivan & Cromwell, el Profesor Freedman pega un gran salto. Él inventa una nueva regla de ética legal. Basado en el supuesto derecho a rechazar una designación judicial, se nos dice que todo abogado debe soportar “una carga de justificación pública” por representar a alguien acusado de odiosos crímenes. No existe regla alguna de responsabilidad profesional que así lo provea, y diversas reglas cercenan directamente contra sus afirmaciones.

Si Atticus Finch decide representar a un acusado indigente, Freedman le exigiría no solamente sufrir el desprecio de sus amigos y clientes, sino asumir una defensa pública de su derecho ético de aceptar el caso.

Colocar a los abogados bajo tal carga de justificación pública

menoscaba el derecho a la representación de acusados impopulares. Ésta invita a la clase de demagogia que ahora vemos en los ataques en contra de abogados de acusados en casos de pena de muerte. Ésta incluso invita a la clase de ataques injustificados sobre una abogacía ejercida celosamente que a menudo ha sido dirigida –y bastante injustificadamente– hacia el Profesor Freedman.

Yo asumí la representación *pro bono* de John Demjanjuk ante el Sexto Circuito después de una minuciosa revisión de los hechos y el derecho. No puedo estar bajo un deber de hacer una rendición de cuentas pública de porqué tomé el caso más de lo que puedo estar bajo un deber de abrir los archivos de todos mis casos para el acceso público.

El Profesor Freedman no termina la cuestión por medio de inventar una regla perniciosa. Él también afirma recordar lo que denomina un “debate” de 25 años atrás. Nosotros, de hecho, nos encontramos en un foro en la facultad de derecho de la

George Washington University alrededor de 23 años atrás. Yo no hice la declaración que me atribuye.

Dije entonces, y todavía creo, que los abogados tienen una responsabilidad para con su propia conciencia por la clase de clientes que eligen representar y las posiciones que eligen sostener. Los abogados que han confirmado ese principio, desde Sir Tomás Moro a Lord Bougham hasta Clarence Darrow, son célebres con toda razón.

Habiéndome citado erróneamente, Freedman (quien todavía a esta altura me llama en su diatriba su “amigo”) se pregunta porqué yo escogería usar mi talento por John Demanjuk, en vez de dejar que otro abogado lo haga. No estoy seguro qué escenario alternativo él ve posible de jugar aquí. A lo mejor piensa que yo debería representar alguno de los clientes de Sullivan & Cromwell en cambio.

He respondido esa pregunta para mí mismo, y es insultante por parte del

Profesor Freedman sugerir que soy desleal a mis principios. Cuando el país más poderoso en la tierra se une en contra de un ciudadano en particular, falsamente lo acusa de ser el más horrendo asesino en masa del Holocausto, y sistemáticamente oculta evidencia que lo probaría libre de culpa de ese cargo, entonces algo está dramáticamente mal. Cuando ese hombre es retenido en las más degradantes condiciones en una celda de condena a muerte en base a esas falsas acusaciones, el mal es intensificado. Cuando el gobierno que se equivocó niega toda responsabilidad, el Poder Judicial debe proporcionar un remedio. Yo he ocupado muchos años de mi vida profesional litigando tales asuntos. Estoy orgulloso de hacerlo de nuevo.



## Cartas al Editor

### Sr. Editor:

(...) Hay pocas maneras más ciertas de facilitar la erosión de nuestra libertades como norteamericanos que pregonando la afirmación de “culpabilidad por el cliente”. En vez de preguntar “¿Por qué tú, viejo amigo?” a Michael Tigar por su representación de John Demjanjuk, el buen profesor debiera agradecer al señor Tigar por su trabajo en ayudar a sostener una importante protección legal que podría haberse perdido para todos nosotros simplemente a causa de la notoriedad de Demjanjuk. Ahora, gracias a los esfuerzos del señor Tigar, puede que algún día la bisnieta del profesor se salve de la extradición para ser juzgada ante tribunales en un lugar distante sobre la base de cargos falsos. El hecho del que el señor Tigar haya proporcionado este servicio a los inocentes del mañana y a nuestro atesorado sistema de continua justicia dejando de lado los impertinentes

asaltos sobre su carácter hacen todo esto mucho más honroso.

James Lee Buck II  
Arlington, VA.

### Al Editor:

Yo considero que la columna “casos y controversias” del profesor Monroe Freedman titulada “¿Debes ser TU el Abogado del Diablo?” (Agosto 23, 1993, pág. 19) es extremadamente provocativa. El tiene razón en afirmar que los abogados propiamente deben preguntarse a sí mismos si ellos quieren representar clientes cuyas acciones les resultan moralmente repugnantes. Obviamente, si un abogado encuentra las acciones de un cliente moralmente repugnantes al extremo que le impide representarlo celosamente, entonces el abogado no debiera tomar a ese cliente.

Freedman esta equivocado, sin embargo, en condenar al abogado Michael Tigar por su representación de John Demjanjuk.

Es injusto comparar la defensa de una corporación que provoca contaminación ambiental con la defensa de un acusado en causa criminal. Hay una gran diferencia entre a m b o s . Las corporaciones no son enviadas a prisión, ni se les impone penas de muerte por sus crímenes. Los seres humanos sí lo son.

El artículo de Freedman equipara la “responsabilidad moral” de un abogado hacia la sociedad con la moralidad del cliente del abogado. Este análisis falla en reconocer que hay otras consideraciones que hacen “moralmente correcto” representar aquellos cuyas actividades son “moralmente repugnantes”: por ejemplo, para asegurarse que personas tales como John Demjanjuk reciban un trato justo

de parte del gobierno y para poner al gobierno sobre la carga de probar su caso.

Adicionalmente, ¿cómo debiera un abogado decidir si un individuo, tal como un acusado en causa criminal, es moralmente repugnante? ¿Leyendo los reportes de los diarios acerca de sus supuestos actos? Demasiado a menudo las historias en la prensa son simplemente erróneas e incorrectas.

Freedman tiene razón acerca de que si Tigar hubiera elegido no representar a Demjanjuk alguien más probablemente lo hubiera hecho. Sin embargo, ¿habría Demjanjuk recibido tan celosa y buena representación? Puede que sí y puede que no. El punto es que si todos aquellos que tienen la experiencia de Tigar hubieran decidido no representar a los individuos “moralmente repugnantes” como Demjanjuk, aquellos acusados de los más horrendos crímenes serían juzgados culpables antes de que fueran llevados ante un tribunal, y dejados entonces expuestos y desnudos a los enormes poderes del Estado.

Philip G. Cormier  
Silvergate Y Good  
Boston, MASS.

## La Moralidad de los Abogados.

Monroe Freedman

(“Legal Times”, semana del 30 de octubre de 1993)

Mis puntos de vistas son “peor que absurdos” Ellos son “peligrosos” y “perniciosos”. “Joe McCarthy,” se ha dicho, “estaría orgulloso de usted”. Yo soy, parece, el diablo personificado y todo porque yo simplemente formulé una pregunta: ¿Por qué tú?

La pregunta fue dirigida al profesor Michael Tigar en mi columna titulada “¿Debes ser tú el Abogado del Diablo?” (Agosto 23. 1993, pág. 19) Tigar representa a John Demjanjuk, que esta acusado de haber ocultado su pasado como un guardia nazi de los campos de concentración para obtener permisos de entrada a los Estados Unidos.

Mi pregunta a Tigar se relaciona con uno de los aspectos más

fundamentales de la ética de los abogados y la naturaleza del rol de los abogados. El asunto es frecuentemente planteado preguntando si uno puede ser una buena persona y un buen abogado al mismo tiempo. Si el abogado pierde su conciencia cuando representa a un cliente. O si el abogado es nada más que un “arma de alquiler”. Esencialmente, estas preguntas nos cuestionan acerca de si el abogado, en su rol como abogado, es un ser moral. Hay tres respuestas a esta pregunta:

*El abogado amoral.* Una respuesta ha sido llamada “la concepción estándar”. Ella sostiene que un abogado no tiene responsabilidad moral alguna por representar a un cliente en particular o por los medios legales usados o los fines perseguidos

por los clientes. Los críticos han adecuadamente sostenido que bajo la concepción estándar, el rol del abogado en el mejor de los casos es un rol amoral y algunas veces uno abiertamente inmoral.

*Control Moral del cliente.* Una segunda respuesta insiste que el rol del abogado es por el contrario uno moral. Ello comienza por concordar con la posición estándar en que la decisión del abogado acerca del cliente no está sujeta a escrutinio moral. Pero sostiene que el abogado puede imponer sus puntos de vista morales sobre el cliente controlando tanto los fines perseguidos y los medios usados durante la representación.

De acuerdo a este punto de vista, el abogado puede propiamente impedir que el cliente use medios legales para obtener fines legales. Por ejemplo, el abogado, habiendo tomado el caso y habiendo inducido al cliente a confiar en él, puede más tarde amenazar con retirarse de la representación -incluso si esto pudiera causar un daño relevante al cliente- si el cliente no se somete a lo que el abogado considera lo que es moral o prudente como curso de acción. Yo recientemente critiqué este punto de vista en mi columna titulada "ALI To Clients: Drop Dead!" (Mayo 31, 1993, pág. 26).

*Elección del cliente como una decisión moral.* La tercera respuesta también insiste en que el rol del abogado es de carácter moral. Ella comienza concordando con la concepción estándar de que el cliente tiene derecho a tomar las decisiones importantes acerca de sus propios fines y los medios legales usados para perseguir tales fines. Pero esta respuesta reconoce que el abogado tiene el mayor poder -éticamente y en la práctica- para decidir a qué cliente representar. E

insiste que la decisión del abogado de aceptar o rechazar a un particular cliente es una decisión moral. Más aun, esa decisión es de aquellas por las cuales el abogado puede propiamente ser considerado como responsable moralmente.

Aunque los críticos errónea y repetidamente me han identificado con la concepción estándar, yo he consistentemente abogado por la tercera respuesta durante diecisiete años. Es refrescante, por lo tanto, ser criticado al menos por lo que yo creo, en vez de aquello por lo que no creo.

*El juicio de uno mismo.*

Algunas de las respuestas a mi columna sugieren que un abogado no puede "saber" que un potencial cliente o causa es moralmente repugnante hasta que ha habido un juicio en la que un jurado ha determinado culpabilidad o inocencia. Pero esto confunde la adjudicación legal de culpabilidad con la decisión personal del abogado acerca de lo que es verdadero o falso y acerca

de lo que es correcto o incorrecto basado sobre la evidencia disponible.

Y nosotros tomamos tal clase de decisiones personales todo el tiempo. Por ejemplo, si usted ha expresado su opinión de si Clarence Thomas o Anita Gill estaban diciendo la verdad, usted ha necesariamente condenado a los otros por perjurio aún cuando esas personas no hayan tenido el beneficio de un juicio por jurado.

En relación con Demjanjuk, hay más que suficiente base para convencerme, para el propósito de una decisión personal, que él es culpable de participar en genocidio. La Corte Suprema de Israel con honestidad y coraje, incluso revocó su convicción sobre los cargos de que él había sido "Iván el Terrible" de Treblinka. Pero las conclusiones posteriores de la Corte no pueden ser ignoradas, como los defensores de Demjanjuk querrían que lo hiciéramos. La Corte también encontró una acumulación de "clara e inequívoca evidencia" de que, mientras Demjanjuk no era Iván el Terrible, él fue el Iván que voluntariamente

participó en genocidio en Sobibor y otros campos de concentración Nazi.

Específicamente, la Corte concluyó que Demjanjuk “fue voluntario para servir como S.S.” en la unidad Wachmann, una unidad “diseñada para establecer y operar los campos de exterminación en Sobibor, Lodz y Treblinka” con el propósito de lograr la solución final del genocidio. Adicionalmente, la Corte consideró que la posibilidad de que la tarjeta de identidad *Wachmann* de Demjanjuk haya sido una falsificación, como Demjanjuk argumentó, estaba “reducida a cero” por la clara e inequívoca evidencia. Incluso en el párrafo final de su opinión, la Corte lo designó usando el título y nombre de su tarjeta de identidad nazi de S.S. “*Wachmann Iván Demjanjuk*”.

Para abreviar, aun revocando la convicción de Demjanjuk de uno de los grupos de crímenes imputados, la Corte Suprema de Israel lo condenó por cometer uno similar. Sin embargo, solo porque ése no era el cargo específico por el cual Demjanjuk había sido

extraditado y enjuiciado, la Corte correctamente revocó su convicción.

Pero la seguridad de que Demjanjuk es culpable de un crimen horrendo no significa que ningún abogado pueda conscientemente representarlo. Personas que hacen cosas que son moralmente repugnantes pueden tener causas que son moralmente justificables. Ese es uno de los significados de la decisión de la Corte Suprema de Israel. Y así no es meramente retórica la pregunta que yo le formulé a Michael Tigar: ¿Por qué estás tú ahora representando a John Demjanjuk en sus esfuerzos para reentrar a los Estados Unidos? ¿Por qué esa causa merece tus extraordinarios talentos?

Una carta en respuesta a mi columna dice que la pregunta fue “impertinente”. Ningún abogado, decía el autor, debiera actuar bajo la carga de una responsabilidad moral de carácter público. Esa, por supuesto, es la concepción estándar. Como yo he indicado, una razón por la cual yo rechazo ese punto de vista es que yo

creo que el rol del abogado no es ni inmoral ni amoral.

Más aun, nosotros somos parte de una profesión que existe con el propósito de servir al público, y detentamos un monopolio garantizado por el Estado para hacerlo así. Como la Suprema Corte ha sostenido repetidamente, los abogados son una parte esencial -y una parte constitucionalmente requerida- de la Administración de Justicia. Es por lo tanto contrario a los principios democráticos que los abogados sostengan que nosotros no le debemos explicaciones al público acerca de lo que hacemos y por qué lo hacemos. Más aun, yo creo que una razón mayor para la avalancha de críticas contra los abogados -lo que no es un fenómeno nuevo- es que nuestra profesión ha fallado en explicar y justificar la verdadera naturaleza e importancia del rol del abogado en la sociedad norteamericana.

Diecisiete años atrás, yo también recibí “impertinentes” preguntas acerca de mi representación del doctor Bernard

Bergman, el dueño de una enfermería doméstica que fue falsamente caracterizado en la prensa como “el hombre mas cruel de Nueva York”. Mi respuesta fue una explicación pública de dos horas, que comenzó así: “Me han preguntado si no resiento esta clase de preguntas. Por el contrario, ustedes tienen derecho a preguntar, y yo estoy aquí para responderles”.

*Una defensa moral.*

No es una sorpresa que Tigar, en respuesta a mi pregunta haya entregado una poderosa y persuasiva explicación - una explicación moral- de su decisión de representar a John Demjanjuk, “Estableciendo los verdaderos hechos en la defensa de John Demjanjuk” (6 septiembre 1993, pág. 22).

Primero, él hace notar que la memoria del Holocausto no debiera ser deshonrada denegando incluso a sus perpetradores la máxima medida de legalidad. Una lección del Holocausto es que los vastos poderes del gobierno deben constantemente ser sujetos al más

estricto escrutinio para prevenir su abuso.

Más aun, Tigar se refiere a “poderosa evidencia” que abogados del departamento de justicia suprimieron y que hubiera demostrado que Demjanjuk no debió haber sido extraditado sobre la base de cargos de haber sido Iván el Terrible. (Nótese que estos abogados del gobierno no han sido encontrados culpables después de un juicio por jurado, pero Tigar sin embargo -y propiamente- encuentra suficiente evidencia de su culpabilidad como para justificar su decisión moral personal). Esta clase de corrupción de la justicia es una amenaza intolerable a los ideales norteamericanos, independiente de la opinión que tenga uno sobre el acusado.

Y Tigar concluye: “cuando el gobierno que se equivocó niega toda responsabilidad, el Poder Judicial debe proporcionar un remedio. Yo he ocupado muchos años de mi vida profesional litigando tales asuntos. Estoy orgulloso de hacerlo de nuevo”.

Así, la respuesta moral de Tigar ilumina un asunto crucial de enorme importancia pública sobre lo que los abogados hacen y por qué lo hacen. Esto ilustra por qué yo estoy orgulloso de llamar a Michael Tigar mi amigo.

---

<sup>i</sup> La traducción ha sido hecha por Julián López Masle, y complementada por Pablo Fuenzalida Cifuentes, con el exclusivo propósito de ponerla a disposición de los alumnos del curso de Profesión Jurídica de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.